

Saberes de la vida, saberes de la libertad.

Abelardo Barra Ruatta

Universidad Nacional de Río Cuarto

Son unas pocas reflexiones casi biográficas, en torno a algunas dudas que se han instalado en la lábil superficie de mí existir. Lejos de vincularlas a la sentimentalidad, casi senil de los balances, las ligo más bien a un ejercicio invencible de la rebeldía ante la fiereza del mundo, fiereza que los saberes del encarnizamiento erudito no me parecen que la comprendan siquiera. Casi adolescentemente me acompaña un texto que rezuma indocilidad, *Dios y el Estado* de Mijail Bakunin¹. De él me apropio, sin violencia alguna hacia mis convicciones, una serie de ideas, perplejidades, proposiciones, que me parece necesario situarlas a la base de lo que podrían llamarse saberes de la vida, saberes de la emancipación.

- 1) Parece incontrastable que la posesión de la verdad establece gradientes ontológicas. Quien posee plenamente la verdad *es* más que quien apenas la vislumbra y mucho más que quien la ignora absolutamente. Esa gradiente determina diferencias fijas, petrificadas, ilevantables. Saber o no saber consolida circuitos naturales de mando y obediencia. Los que saben mandan: los demás obedecen. La verdad habilita así verdaderas instituciones de sometimiento que desconocen la libertad y la dignidad de quienes ignoran verdades unilateralmente establecidas. Queda justificada, y socialmente impune, cierta insensibilidad que desarrolla el sabio ante el sufrimiento que experimenta el ignorante frente a su discriminación de base epistémica. La especificidad rigurosa de la verdad seca el corazón del sabio. Eclipse del amor humano. La eternidad y lo abstracto anulan la contingencia, lo pasajero.
- 2) Toda forma de organización sistemática del saber es necesariamente un saber de ideas generales, por lo tanto es siempre un saber abstracto. En cierto sentido se trata de una negación de la vida concreta. La ciencia no puede aprehender la vida en su fugacidad, en su materialidad, en su individualidad. El saber apresa solo las relaciones generales, su sentido universal, aquello que permanece debajo de las continuas transformaciones. El saber científico puede llegar a ser pensamiento de la vida, pero nunca la vida misma. Es su límite infranqueable. No se puede aprehender la fragilidad que constituye esencialmente a la vida humana.
- 3) La impotencia vital del saber científico, su puro aprehender hechos generales, es también su potente y única misión. Su capacidad de establecer leyes genéricas del desarrollo de los fenómenos naturales y sociales la torna útil como una suerte de brújula o linterna. Pero esta utilidad no implica otorgar al saber científico el derecho a gobernar o superponerse a

¹ Bakunin, Mijail, *Dios y el estado*. http://miguelbakunin.files.wordpress.com/2008/06/dios_y_el_estado.pdf
Fecha de consulta. 16/05/14

la vida. La vida no puede confundirse con el saber científico. La vida es fugitiva, pasajera, individual, sensible, hedónica, preñada de aspiraciones, necesidades y pasiones. El saber científico es vitalmente impotente, no crea nada, sólo copia a la vida.

- 4) Narrativas de la singularidad, historias regionales, novelística, poética, constituyen intentos de dejar la abstracción y volver a la vida. El saber científico, en cambio, inmola la vida fugitiva, la vida pasajera, desatando un conflicto que debe ser políticamente resuelto. La singularización existencial, el desarrollo de su complejidad subjetiva, la consumación de su libertad constituye un fin irrenunciable. El fin último de la humanidad, el verdadero sentido de la historia es la humanización y la emancipación, la libertad, la prosperidad, la felicidad de cada uno de los individuos que viven en la sociedad.
- 5) Cuando se estipulan nociones tales como el bien público, el bienestar general y se delega su consecución y gestión al obrar ético del estado, estamos ante una ficción. La felicidad y la prosperidad colectiva sólo son reales cuando representan la suma concreta de las libertades y las prosperidades individuales.
- 6) El saber científico, por más que hable del individuo, lo considera siempre una mera abstracción. Es un saber de generalidades constitutivas de los individuos. Pero la historia está hecha por los individuos reales, no por las abstracciones de los individuos. Las ciencias son indiferentes ante las condiciones particulares y la suerte de los individuos reales, que no pasan de ser meros ejemplos de sus teorías generales. Pero, en rigor, no es más que eso lo que puede pedírsele a la ciencia.
- 7) Los científicos son expertos en lo universal abstracto, pero ellos también son individuos con intereses particulares, concretos. Si se empodera acríticamente al saber científico se está empoderando intereses particulares de un sector social ante las mayorías. El saber científico puede erigirse así en un poderoso motor que genera otredades devaluadas. La rebelión de la vida contra el poder aséptico de la ciencia consiste en restituir a la ciencia a su lugar como conocimiento y no como normatividad derivada de despiadadas abstracciones. A lo largo de la historia las minorías han impuesto abstracciones poderosas, con la anuencia usurpada a las grandes mayorías a través de expedientes de violencia simbólica o fáctica.
- 8) Los conocimientos científicos se han desarrollado al margen de la vida popular. Su agente ha sido un cuerpo minoritario privilegiado, que no ha trepido en colocarse como modelo y guía de la evolución individual y colectiva de lo humano, apuntalando el poder. La crítica del saber científico deberá acercar a la ciencia a su puesto: el de un medio relevante para la completa humanización de la situación real de todos los individuos.
- 9) Las ciencias, cargando con su insalvable característica de constituir un saber de la naturaleza general de las cosas, las relaciones entre ellas y las leyes generales de su desarrollo, conforman una suerte de conciencia colectiva de la sociedad humana, un reservorio de conocimientos acumulados a los que acude, transforma y engrandece cada nueva generación de individuos. Pero no se debe olvidar que siempre las ciencias tendrán como su insumo abstracciones y generalidades. Ni siquiera las más verdaderas y útiles abstracciones tienen existencia real frente a los individuos singulares, a los que la ciencia, necesariamente, ignora.

- 10) Tampoco la ciencia de la historia tienen individuos. Una historia materialista hablará de las condiciones reales -materiales y simbólicas- en que se desenvuelve la vida de los individuos, hablará del desarrollo social de la humanidad. Pero como la historia siempre contendrá apreciaciones generales, ella no habrá registrado el dolor de los individuos en su carácter de materia viva y sufriente de la historia. Las historias que necesitamos escribir deben ser conscientes de esta abstracción que se hace del individuo, y deben mostrar las causas generales del sufrimiento real de los individuos, entre las cuales está la inmolación y la subordinación del individuo a las generalidades abstractas. Las elaboraciones científicas deben ayudar a esclarecer las condiciones necesarias para la emancipación real de los individuos.
- 11) Fuera de este acompañamiento esclarecedor que puede proporcionar la ciencia, los intereses de los poseedores del saber científico se presentan como apetencias de poder. La crítica de la razón científica debe impedir que la ciencia se involucre en el gobierno de la sociedad, porque tal crítica tiene conciencia de que el saber científico siempre obraría sacrificando a los individuos reales vivientes, que viven más allá de la marcha del saber científico, inmersos vitalmente en sus legítimas preocupaciones. Solo la vida puede crear la vida liberada de todo obstáculo doctrinario y gubernamental. La vida crea en la plenitud de su acción espontánea.
- 12) Es imprescindible, con todo, resolver la antinomia que representa la necesidad antropológica del saber científico y su intrínseca limitación de ser un conocimiento que ignora al individuo real y viviente. Debe abrogarse a la ciencia como un organismo, representado por un cuerpo de especialistas, que existe al margen de la vida social humana. El saber científico debe ser difundido a nivel popular. La ciencia debe ser propiedad de todos. Sin dejar de ser un saber general deberá fundirse en la realidad con la vida inmediata y real de todos los individuos humanos. Cada uno será responsable de marcar la ruta que la ciencia es capaz de alumbrar con sus leyes generales sobre la realidad. Por la socialización universal del saber se disuelve a la ciencia como institución social separada y las multitudes dejen de estar pastoreados por los sabios y toman en sus manos sus propios destinos. El saber científico debe dejar de estar en manos de la aristocracia del saber, la que, por diversos expedientes de intangibilización teórica, parece preocuparse por garantizar la inaccesibilidad universal al saber científico. Un gobierno conformado por esta aristocracia de la erudición sería arrogante. Paralizaría la vida y el movimiento social.

Debe ser la acción espontánea del pueblo la que ha de crear los caminos de la emancipación y las moradas de la libertad del pueblo. A la colaboración de un saber criticado y apropiado por el pueblo para apuntalar la libertad real de todos los individuos, hay que añadir la pluralidad de conocimientos que el pueblo ha ido construyendo en su largo camino de liberación. Hay una ciencia de la vida y de la emancipación que emerge de las luchas, del sufrimiento popular. Es una ciencia que reconoce otros principios estructuradores: son principios hedónicos que tienen como objeto hacer que la singularidad, la individualidad, con sus temblores, son sus necesidades, con sus inmediateces, determine confluencias existenciales guiadas por el amor, la cooperación, y el apoyo mutuo.

Recibido - 26 de mayo de 2014
Aceptado - 1 de junio de 2014